

porales, enviándoles aguas y buenos años. De manera que debían de ser como los dioses que los antiguos tenían, cuyo cargo era presidir cada uno en una cosa, aunque por razón de sentir más simple y rudamente de estas cosas, estas gentes debían de tratarlas con menos cuidado,

Cerca de estos cemies o dioses se jactaban los reyes y señores (y por ventura, la demás gente común con ellos, pues como dijo el otro poeta,⁹ en un verso: El vario y voltario vulgo, fácilmente se mueve al gusto y parecer del príncipe) de tener mejores y más aventajados dioses que las otras provincias y naciones; lo cual fuera verdad si lo dijeran de Dios verdadero, como se dice en el *Deuteronomio*,¹⁰ del pueblo de Israel, por estas palabras: No hay nación tal, ni tan buena, que tenga tales y tan buenos dioses como la nuestra, en tener a nuestro señor Dios; entendiendo estas palabras por el que crió el cielo y la tierra y es hacedor de todas las cosas. Y por la razón dicha vivían los indios con mucha vigilancia en guardarlos, temiendo que los otros pueblos convecinos se los hurtasen. Y puesto que este cuidado era grande en guardar los unos indios de otros, pero mucho mayor y sin comparación fue el que pusieron para que los españoles no los vieran (después que los conocieron) por el gran temor que les cobraron y recelo de que se los quitarían, como en realidad de verdad se los quitaban, como a gente idólatra y que negaba, con la idolatría, el verdadero culto a Dios debido. Y por esta causa no sólo cuando llegaban a sus pueblos, pero cuando sospechaban que habían de ir o iban, los escondían y llevaban a los montes, y aún allí les parecía que no los tenían seguros ni libres de sus manos.

CAPÍTULO XIX. *Que trata de los dioses Ometecuhlti y Umechihuatl, por otro nombre llamados Citlalatónac y Citlalicue, y de su lugar y asistencia, según lo sentían estos mexicanos*



ENTRE LOS DIOS QUE ESTOS CIEGOS MEXICANOS fingieron tener y ser mayores que otros, fueron dos; uno llamado Ometecuhlti, que quiere decir dos hidalgos o caballeros; y el otro llamaron Umechihuatl, que quiere decir dos mujeres; los cuales, por otros nombres, fueron llamados Citlalatónac, que quiere decir estrella que resplandece o resplandeciente; y el otro, Citlalicue, que quiere decir faldellín de la estrella; porque cueitl es una vestidura de que usan las mujeres de estas Indias, llamada de los nuestros nahuas, y son a manera del faldellín con que cubren sus carnes las mujeres, de el cual usan comúnmente. Estos dos dioses fingidos de esta gentilidad creían ser el uno hombre y el otro mujer; y como a dos naturalezas distintas y de distintos sexos las nombraban como por los nombres dichos parece. De estos dos dioses (o por mejor decir, demonios) tuvieron

⁹ Claudian. de 4 Consulat. Honor.

¹⁰ Deut. 4.

creído estos naturales que residían en una ciudad gloriosa, asentada sobre los once cielos, cuyo suelo era más alto y supremo de ellos; y que en aquella ciudad gozaban de todos los deleites imaginables y poseían todas las riquezas de el mundo; y decían que desde allí arriba regían y gobernaban toda esta máquina inferior del mundo y todo aquello que es visible e invisible, influyendo en todas las ánimas que criaban todas las inclinaciones naturales que vemos haber en todas las criaturas racionales e irracionales; y que cuidaban de todo como por naturaleza les convenía, atalayando desde aquel su asiento las cosas criadas, cuya opinión fue de los antiguos aplicada a Júpiter, según dijo Ovidio,¹ que desde las alturas de los cielos miraba todas las cosas del universo, en lo cual los unos y los otros decían verdad, si lo entendieran de Dios verdadero, el cual, aunque está en todas las cosas, asiste por particular efecto y asistencia en los cielos, glorificando los espíritus bienaventurados que en aquellos lugares gozan de su divina esencia y presencia.

De manera que, según lo dicho, está muy claro de entender que tenían opinión, que los que regían y gobernaban el mundo, eran dos (conviene a saber), un dios y una diosa, de los cuales el uno, que era el dios hombre, obraba en todo el género de los varones; y el otro, que era la diosa, criaba y obraba en todo el género de las mujeres. No es posible dejar de causar asombro y espanto de ver entendimientos tan ciegos, que lo que es debido a un sólo Dios se atribuya a muchos, dividiendo en tantos la divinidad; pues es cosa cierta que es indivisa e impartible, de la cual participan en un ser de substancia las tres divinas personas (conviene a saber) Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, las cuales personas ya que son realmente distintas entre sí, la una de la otra, porque el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Espíritu Santo, con todo es, y confesamos ser una naturaleza, una esencia y una divinidad, la cual comunicada igualmente a todas tres personas obran en ella, con ella y por ella todas las cosas *ad extra*, sin diferenciarse en sus operaciones en nada, la una persona de la otra, de tal manera que aunque son tres personas, no son tres dioses, sino un Dios y una esencia comunicada enteramente a tres personas, y este Dios es el que confesamos y el que niegan los gentiles, si no con acto positivo, a lo menos, con dar a muchos lo que a uno sólo se debe. Pero no es maravilla que hombres apartados de Dios y de su gracia desatinen tanto como lo dicho, que también sabemos de otros, que se preciaron de mayor saber, que dieron en otro no menor yerro, pues afirmaron haber dios de los bienes y dios de los males, no siendo posible, según su erróneo parecer, que el que lo era de lo uno lo podía ser de lo otro; y todo esto nace de regirse el hombre por sí mismo y apartarse de Dios por propia presunción y pecados enormes y graves; y es fuerza que gente sin Dios finja tantos dioses, acrecentando ceros donde basta una sola unidad.

De manera que podemos decir que estos indios quisieron entender en esto haber naturaleza divina repartida en dos dioses (conviene a saber hombre y mujer; el hombre, que criaba y gobernaba todo lo que es del género

¹ Ovid. I. Metha. et Trist. eleg. I. lib. 2.

masculino y la mujer todo lo perteneciente al género femenino), errando en esto, como también erraron los que fingieron dios de los bienes y dios de los males. Y llegó a tanto error esta desventurada gente, que fingieron de estos dos falsos dioses, haber procedido otra multitud y muchedumbre de dioses, lo cual mintieron de esta manera. Dijeron que esta diosa había parido en el cielo muchos hijos, y después de todos estos partos había parido un navajón o pedernal, que en su lengua llaman tecpatl, de lo cual admirados y espantados los otros dioses, sus hijos acordaron de echar del cielo al dicho navajón, y así lo pusieron por obra, y que cayó en cierta parte de la tierra, llamada Chicomoztoc, que quiere decir: Siete-Cuevas, y que luego salieron de él mil y seiscientos dioses y diosas.

CAPÍTULO XX. *Que trata de el dios Tezcatlipuca y de los atributos que le aplicaban, y cómo fue éste el que los antiguos gentiles llamaron Júpiter*



ODAS LAS NACIONES DEL MUNDO, que dejando a nuestro Dios verdadero, han adulterado con el demonio, siguiendo su religión fingida y falsa adoración; aunque le han conocido y adorado, debajo de nombres diferentes, según los lenguajes y modos de hablar diferentes de los hombres, ha sido aplicándole en cada nación un mismo oficio, porque el mismo demonio que los ha engañado ha sido tan astuto y sagaz que lo mismo que a unos predicó de sí, eso mismo enseñó a otros, lo cual se ve probado y no con apariencias, sino con verdad muy cierta en éste, llamado en lengua mexicana Tezcatlipuca, que quiere decir espejo resplandeciente, el cual tuvieron estos naturales por increado e invisible y por el más principal de todos los dioses; y decían de él que era ánima del mundo. Quién de los que saben algo de historia y leen en ella los errores de los antiguos no dirá, que éste es Júpiter, tan celebrado de todos ellos, el cual dice San Agustín,¹ ser llamado ánima del mundo, y la razón es por tenerle por vivificador de todas las cosas de él cuya virtud repartieron los hombres en divisiones y partes.

Para el que dijere que San Agustín, en este lugar citado, no le llama ánima, sino ánimo del mundo, digo que tiene razón y lo confirma San Isidoro,² poniendo la diferencia que hay entre ánima, ánimo y espíritu; y dice que ánima se dice aquella por la cual vivimos; y ánimo, aquel por el cual somos gobernados; y espíritu por el cual espiramos. Que sea esto así, se confirma por lo que dice Varron,³ y lo refiere San Agustín,⁴ diciendo que son tres los grados de el ánima en todo género de cosa: Uno, que pasa todas las partes vivientes del cuerpo y no tienen sentido, sino solamente

¹ Div. Aug. lib. 4. de Civit. Dei. cap. 11.

² Div. Isidor. lib. 1. de Differentiis verborum.

³ Varron. lib. de Diis electis.

⁴ Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei cap. 22.